

## CONCEPTO DEL 98

ANTONIO HEREDIA-SORIANO

The concept "generation of the 98" has been certainly a invention of literary classification, but it has some difficulties in its application. It is urgent to rethink this concept to fit it to the historical reality of the 98, to enrich it with other contemporary contributions. This paper wants to elaborate a complete concept of that year (1898), that could include the collected papers in this *Anuario Filosófico*.

### 1. La generación del 98: crisis categorial y contexto.

El concepto "Generación del 98", conjunto de autores finiseculares encabezados por Unamuno o Gaiet, al que Azorín dio carta de naturaleza en 1913, ha sido muy criticado en nuestro tiempo. En el suyo ya lo hicieron por motivos personales, el propio Unamuno, Maeztu, y sobre todo Baroja, el más radical y constante negador de la etiqueta<sup>1</sup>. Hoy la razón de la crisis puede estar en ese anhelo de renovación de viejos presupuestos que parece sentirse cada día más y que está llevando a una profunda revisión de las disciplinas históricas y a desear poseer el pasado *íntegro*. De ahí tal vez la tendencia que se aprecia tanto en la historia literaria como filosófica a desideologizar un concepto tan manido; que lleva de suyo, como por instinto, no a negar la sustancia de ninguna generación, sino a querer restaurar el 98 *sin más*.

<sup>1</sup> Si por generación cultural se ha de entender algo más que un conjunto de personas nacidas en una franja cronológica, más o menos estrecha y, por lo tanto, ha de implicar un lazo de unión interno, consciente, de índole espiritual y comunitaria, ninguno de estos tres autores se sienten pertenecer a una *generación*. Así lo da a entender M. de Unamuno, *La hermandad futura*, en *Obras completas*, Escelicer, Madrid, 1966, VIII, 407-409 (cit. *Obras*), R. de Maeztu en el artículo *¿Existió la llamada generación del 98?*, en *Obras*, Editorial Nacional, Madrid, 1974, 90-91 y P. Baroja en *Divagaciones apasionadas*, en *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, V, 496-497 (cit. *Obras*).

En efecto, sólo situando la famosa generación en la compleja realidad histórica en que surgió, podremos penetrar más limpiamente en su espíritu, observar lo nuevo que aportaron, conocer la verdadera medida de su talla. No se trata pues, en esta crisis de tirar por la borda un concepto cómodo ya establecido, ni menos los valores que pueda contener como generación; se trata de purificar aquél y de ver ésta en real compañía; inmersos en su tiempo de nacimiento. Adaptando la célebre frase de Ortega, tan repetida, podríamos decir que la generación del 98 es ella y su circunstancia<sup>2</sup>, y si no se salva ésta no se salva aquélla. Operación que supone llevar a cabo dos acciones complementarias: la purificación ideológica del citado concepto y el rescate del 98 sin más.

Desde fecha muy temprana, desde ángulos muy diversos, desde dentro y desde fuera de la misma generación, se comenzó a crear *noventayochismo*. Ahí están Azorín, Maeztu, Unamuno, Baroja, Ortega, Azaña, “El Debate”, Marañón, Araquistáin, etc., poniendo cada uno su peculiar óptica, su ideología, en el haber de la famosa generación<sup>3</sup>. Su perfil histórico, al mismo tiempo que parecía enriquecerse con nuevas notas, iba haciéndose en verdad cada vez más borroso, más problemático su uso como tal concepto generacional... Si nunca hubo acuerdo sobre las causas de su nacimiento e ideario ni sobre el número de sus componentes, el desacuerdo se ha hecho ahora tan profundo que se tiende a buscar un concepto globalizador —el concepto “fin de siglo”— capaz de obviar por su misma definición las dificultades clasificatorias. Pero las cosas no son tan sencillas.

El nuevo concepto estaría llamado a integrar la generación del 98 y los autores de otro movimiento contemporáneo —el modernismo— con el que aquélla compartiría sobre todo una misma *voluntad de estilo nuevo*, aunque con talante diferente<sup>4</sup>. Sin embargo

<sup>2</sup> Diríamos que su circunstancia más propia, la de su nacimiento como tal generación, que nosotros hemos convenido situar entre 1895 y 1905.

<sup>3</sup> Es evidente la escasa convicción con que dibuja Azorín la llamada “generación del 98”. Angel del Río ya notó que lo que hizo realmente fue “definirse a sí mismo”; esto es, proyectar sobre algunos escritores jóvenes de su época su propia sensibilidad (*Historia de la literatura española*, Brugera, Barcelona, 1982, II, 391). Lo que hicieron los demás quedó muy bien sistematizado en el hermoso libro de P. Laín Entralgo, *La generación del 98*, 1945.

<sup>4</sup> Ya E. d’Ors, en 1934, prefirió esta denominación para calificar la “generación del 98”. Hoy hacen lo mismo algunos de los más recientes historia-

dicho concepto, elaborado para mejor entender la literatura finisecular, excluye a los *viejos*, precisamente a aquellos de los que se reclamaba Azorín en sus famosos artículos de afirmación generacional. Para él, sin duda, Campoamor, Echegaray y Galdós eran también “fin de siglo”, porque de alguna manera su espíritu estaba allí presente<sup>5</sup>. ¿Pero sólo ellos? ¿Por qué no también Valera, que gozó hasta el fin de sus días fama de buen escritor y eminente crítico? Estamos pues ante una madeja clasificatoria imposible de aclarar, porque en ella hay tanto de artificio como de ideología.

Pero la verdad, si debe llamarse o no del 98 aquella singular y famosa generación, no me preocupa. No es asunto que conmueva mi espíritu. Lo que deseo es llegar directamente a ella, conocer lo que pensó y sintió entre 1895 y 1905, momento todavía en que sus miembros vivían próximos de juventud altiva, fresca y franca, a medio camino de una madurez en marcha. Pero la operación de abordaje exige, lo primero, distinguir entre el tiempo vital de aquella generación aún joven<sup>6</sup> y la ideologización que sobre ella se ha operado posteriormente. Y para ello, la senda más corta, la herramienta más eficaz es ejercer en esta cuestión el grito husserliano “¡a las cosas mismas!”. Es lo que ha hecho con magisterio consumado el profesor Cruz Hernández en el trabajo que abre este volumen: *El 98 desde dentro*. El ha mostrado que la generación del 98 por excelencia no fue ella misma noventayochista. O si lo fue, no tuvo conciencia de ello hasta unos años después.

Esta conclusión, a la que el citado profesor llega en un notable proceso de relectura y análisis, me parece el paso necesario para que la llamada “generación del 98” recobre el lugar que le corresponde en su época y, por consiguiente, en medio de “otras” generaciones *también* del 98, sin las que aquélla carecería de marco de referencia y punto de contraste. La eficacia de esta visión desi-

---

dores de la literatura española. F.B. Pedraza / M. Rodríguez, *Las épocas de la literatura española*, Ariel, Barcelona, 1997, 255-273.

<sup>5</sup> “La generación de 1898, en suma, –escribía el autor en 1913– no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós”, Azorín, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1975, I, 1135.

<sup>6</sup> El de más edad, Unamuno, oscila en este periodo entre 31 (1895) y 41 (1905) años; y el más joven, Maeztu, entre 21 (1895) y 31 (1905) años. Los demás del grupo están comprometidos entre estas cifras extremas. En el 98 Unamuno tenía por lo tanto 34 años, y Maeztu 24.

deologizante tiende no sólo a perfilar el concepto histórico de la famosa generación, recibido borrosamente después de cien años, sino a abrir nuevas vías de comprensión de aquel fin de siglo, de aquel 98, que ha sido visto en nuestros manuales casi exclusivamente a través de la mentada generación, y por lo demás ideologizada y desencarnada<sup>7</sup>.

El 98 *desde dentro* implica por tanto situarse en la compleja realidad de aquel tiempo, y mirarlo no sólo a través de una visión, todo lo singular que se quiera, pero unilateral, sino a través de la mirada de “otras” generaciones contemporáneas. Esto significa que el *ver desde dentro* puede llegar incluso a poner en crisis el mismo concepto de “generación” como categoría historiográfica<sup>8</sup>. Y si a Cruz Hernández le debemos haber realizado aquella difícil operación, cosecha de una profunda inmersión en las fuentes, a P. Ribas se le debe haber trazado por lo que a España respecta, con ese rigor tan suyo, el tejido sociocultural complejísimo en que se inserta la famosa generación; y a Armando Savignano, el marco histórico-filosófico europeo (Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche, Sabatier, Kropotkin, Spencer, Carlyle, Ibsen, Taine, Harnack, Renan...) sin el que sería incomprensible una de las simas más profunda del alma una y diversa de esta generación; el calado tal vez si no el más íntimo, el que explica mejor sus “extrañas” opciones y actitudes espirituales, troquelado en avidez de lectura ultrapirenaica.

## 2. De la generación del 98 al 98 como concepto.

Los trabajos citados están exigiendo ir “más allá” de la famosa generación, no para negarla, como decimos, sino para asumirla en

<sup>7</sup> Incluso una persona como José María García Escudero, tan opuesta a las raíces ideológicas de la famosa generación del 98, ha podido escribir estas significativas palabras: “nuestra visión de España pasa por ellos; lo que hemos visto ha sido porque ellos nos lo hicieron ver; lo que hemos sentido, ellos lo depositaron en nosotros”, *Historia política de las dos Españas*, Editora Nacional, Madrid, 1976, 287.

<sup>8</sup> “Hay que enfocar los problemas del 98 con una lente menos deformada que la generacional”, advertía ya en 1960 G. Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*, Rialp, Madrid, 1979, 27.

un todo sociohistórico y cultural más comprensivo. Esos trabajos, sobre todo los dos primeros, están pidiendo por su propio planteamiento, ir de la “generación del 98” como concepto limitativo de grupo (no importa el significado que se le atribuya) al concepto y realidad del 98 *sin más*. Es lo que hemos pretendido ofrecer en este número de *Anuario Filosófico*, sin conseguirlo del todo. Pero el intento está exigiendo por nuestra parte una explicación.

Cuando asumí el compromiso de la coordinación, el objetivo principal que me propuse fue revisar la compleja realidad filosófica de aquel fin de siglo, si bien haciendo especial incapié –en honor a la genialidad de sus miembros y a la vastedad de su influencia– en el papel cumplido por la llamada generación del 98. Me parecía que entre siglos era, por regla general, una época filosófica bastante desconocida, siendo a la vez tan próxima a nosotros por tantos conceptos. Había quedado pillada entre dos luminares de primera magnitud: Unamuno por el lado de allá y Ortega y Gasset por el de acá. ¿Podía ser pues un despropósito aprovechar la conmemoración del 98, para hacer un ensayo de inmersión en la *década* que por extensión podríamos llamar “el desastre”? A mí al menos me pareció una ocasión de oro, e intenté ser fiel al pensamiento orteguiano, que alentaba a los españoles a llenar en historia de la filosofía “esos vacíos de conocimiento que se abren como simas entre las grandes e ilustres etapas del pensamiento”<sup>9</sup>. Y también a Unamuno, que casi medio siglo antes nos invitaba a oír el murmullo de la “sub-historia”, ya que la historia, según él, daba razón “de los cuatro que gritan y nada dicen de los cuarenta mil que callan”<sup>10</sup>.

Leyendo pues nuestra historia filosófica contemporánea a la luz de las incitaciones de estos maestros, llegué a convencerme de que ellos mismos se sorprenderían del poco caso que se les ha hecho en su propia tierra, a pesar de tanto estudio y de tanta beatería que con ellos se ha practicado. La historia de la crítica generacionista ha tendido por un lado a reducir la realidad histórica de un tiempo especialmente denso en actitudes; y por otro, a amplificar el papel que de hecho pudo cumplir en aquella hora precisa la famosa generación. Aquel fin de siglo ha sido visto casi siempre, sobre todo

<sup>9</sup> J. Ortega y Gasset, “Prólogo a la Historia de la Filosofía”, T. de Bréhier, en *Obras*, I, 380.

<sup>10</sup> M. de Unamuno, *El porvenir de España*, en *Obras*, III, 659-660.

en la manualística escolar moderna, bajo el potente foco de esos geniales escritores, y al trasluz de su evolución posterior. Pero, evidentemente, ni ellos fueron *todo* el 98 ni en el 98 alcanzaron todos por igual la madurez. Entre uno y otro extremo se nos escapaba precisamente el 98 en cuanto tal.

Y si esto es así como parece, el método de aproximación a la filosofía del 98 no podía ser otro que a través del 98 mismo en la plenitud de su ser histórico; es decir, a través de ese lapso de tiempo llamado “fin de siglo” que podemos situar entre 1895 y 1905<sup>11</sup>. Porque un año en la historia no es un punto geométrico. Por ser tiempo humano, su reloj es como una bóveda formada por arcos que vienen de puntos mentales y cronológicos muy diversos y alejados y van a apoyarse en otros de igual o mayor diversidad y lejanía. Por eso 1898 es ese año y los que le anteceden y le siguen..., pero dentro de unos límites para no ser difusos. El 98 es metafóricamente para nosotros, la punta de un iceberg en movimiento, que navega en medio de las turbulentas aguas formadas por el choque de corrientes y contracorrientes, preñado de diez años de nuestra historia intelectual, cuya palpitación quisiéramos escuchar con oído atento. Entre otras razones, porque en la torca profunda de ese iceberg no viaja sola la generación llamada del 98, sino *toda* la España que hemos conocido hasta hoy.

En efecto, lo primero que observamos en el vientre de esa inmensa mole temporal es la existencia de cuatro generaciones biológicas, todas del siglo XIX. Según el cómputo de Eugenio d’Ors, que toma veinticinco años como horquilla cronológica de una generación, en 1898 convivían los *abuelos* (nacidos entre 1800 y 1825), los *hijos* (nacidos entre 1826 y 1850), los *nietos* (nacidos entre 1851 y 1875) y los *bisnietos* (nacidos entre 1876 y 1900). La llamada generación del 98 por excelencia sería la de los nietos en sus tres últimas promociones<sup>12</sup>; esto es, los nacidos entre 1861 y

<sup>11</sup> Estas fechas vienen enmarcadas por la publicación de los ensayos unamunianos *En torno al casticismo* y la muerte de Juan Valera, un meditador también del 98.

<sup>12</sup> Según el cómputo establecido por d’Ors, cada generación contiene cinco promociones biológicas, una cada cinco años.

1875, que contaban en 1898 entre veintitrés y treinta y siete años de edad<sup>13</sup>.

¿Qué significa esto? Ante todo la mutilación que supondría contar únicamente con esta generación para conocer el 98. ¿Sólo habríamos de oír a los más jóvenes de los nietos de ese siglo para saber qué se pensó o se sintió en ese año, y en su franja difusa anterior y posterior? ¿No deberíamos dar también audiencia, entre sus abuelos, a Valera o Pi y Margall (74 años en el 98), o entre sus padres a Ortí y Lara (72 años), F. Codera (62), Mendive (62), Salmerón (61), Giner de los Ríos (59), Urráburu (54), J. Costa (52), Torras y Bages (52), Manjón (52), P. Gener (49), o entre sus hermanos mayores a Pardo Bazán (47 años), “Clarín” (46), Ramón y Cajal (44), Menéndez Pelayo (42), Méndez Bejarano (41), Zozaya (39), Arinterro (38), Maragall (38), o entre los de su misma edad a Dorado Montero (37 años), Vázquez de Mella (37), Urales (34), Altamira (32), Amor Ruibal (29), Menéndez Pidal (29), Besteiro (28), Corominas (28), Asín Palacios (27), Bonilla y San Martín (23)...?

¿No habríamos de tener en cuenta, dentro de una justa y ajustada selección, a todos los que sufrieron, sintieron y pensaron aquella franja de tiempo fronterizo? Estoy por la afirmativa si lo que buscamos es el *concepto vivo del 98*, pues todos los que estaban alertas (abuelos, padres e hijos del XIX) fueron provocados intelectualmente aquel año por sucesos enormes, y todos respondieron al reto, cada uno a su manera. Ese tiempo fue demasiado fuerte para encajarlo en una fracción de una sola generación; fue demasiado complejo para verlo únicamente a través de unos ojos, de una perspectiva, por muy brillante y genial que sea desde el punto de vista literario... porque de lo que se trata en el concepto del 98 es de ver, para mejor comprender en ese punto crítico de su existencia, las posibilidades reales con que contó entonces nuestra historia filosófica, que siguió su curso apoyada en ellas...

Naturalmente, no podemos aquí abarcarlas en su totalidad. Sería una vana pretensión intentarlo cuando hay límites que a todos nos comprimen; y si nos hubiéramos atrevido a traspasar el umbral de lo cometido, la simplificación o superficialidad hubieran sido

<sup>13</sup> Si nos atenemos al criterio de Azorín, los miembros de la generación del 98 habrían nacido entre 1864 (Unamuno, el mayor) y 1874 (Maeztu, el más joven); es decir, los que en 1898 tenían entre veinticuatro y treinta y cuatro años de edad.



un inevitable y amargo precio. Cifándonos, pues, a lo posible, y veamos qué “otros” 98, coetáneos de la generación por antonomasia, hemos podido traer aquí a presencia, para que, juntos los diversos 98, podamos ofrecer de aquella época, y de su generación joven más famosa, un concepto más vivo y real.

### 3. Los “otros” 98.

Un crítico tan sagaz y reconocido como Valera, testigo perspicaz de aquel fin de siglo, contaba entre la juventud intelectual de entonces, o sea, entre los jóvenes intelectuales del 98, no sólo a novelistas, poetas, dramaturgos y artistas, sino a los miembros de la llamada por él “escuela erudita” (nosotros diríamos hoy “histórica”), entre quienes cita en primer lugar con sincero y matizado elogio a Menéndez Pelayo<sup>14</sup>. Sobre el escenario de los he-

<sup>14</sup> La juventud intelectual a que se refiere Valera entra en la nómina y cronología de la generación del 98, según los años que señalaron para ésta Azorín, Baroja y d’Ors. La famosa generación sería para Valera una parte de la llamada por él entonces “juventud intelectual”. Escribe a este respecto en 1904: “con relación a mi persona..., la juventud intelectual, esto es, los que han empezado a escribir mucho después que yo y pudieran considerarse como espirituales hijos míos y hasta como nietos, bien puede afirmarse que empieza a florecer y a dar razón de sí desde el año 1868 ó 1870 en adelante”. En la nómina de esta generación, después de citar a algunos profesores (entre ellos a Menéndez Pelayo y a Unamuno), a los novelistas (cita implícitamente a Baroja y Valle Inclán) y a los poetas líricos (cita expresamente a Rubén Darío), escribe: “Hay, por último, en nuestros días otra fuerza motriz del pensamiento español que le presta carácter, y que es, en mi sentir, lo que más contribuye a nuestro enérgico y propio desarrollo intelectual y a restaurar por el mundo el alto concepto de España como nación civilizadora, fecunda y rica, no sólo en poetas y artistas, sino también en sabios y en filósofos. *Este florecimiento castizo, entiendo yo que debe considerarse como de la juventud intelectual*”. Figura señora y madura de esa juventud es, según Valera, Menéndez Pelayo (42 años en 1898), cabeza de la llamada “escuela erudita”, que si “peca a veces por demasiada prolijidad..., presta aliento y confianza al pensamiento español” a dicha escuela pertenecen, entre otros, Rodríguez Carracido (46 años), Rodríguez Marín (43 años), E. Cotarelo (41 años), R. Menéndez Pidal (29 años). Citado implícitamente. Le recuerda en otro lugar junto con estos, 1168) y Bonilla y San Martín (23 años). De este último dice “debe ser contado entre lo más egregio de nuestra juventud intelectual”, podría haber ampliado la nómina, y para ello deja abierta la puerta con la frase “... y algunos otros no menos dignos de aplauso” (1168). Por tanto, podría haber citado también a los jóvenes de aquella hora M. Asín Palacios y T. Carreras Artau, que ya conta-



chos, Valera, un abuelo, es en este sentido notario de su tiempo, lúcida conciencia contemporánea que da fe de la existencia de “otro” 98. Distinto de la famosa generación de este nombre, pero no tanto que impida ser reconocido, incluso por ésta, como grupo digno de interés y fuente de inspiración. El testimonio que Unamuno dio poco después que Valera llamando a Menéndez Pelayo “mi maestro” (más tarde lo llamaría “mi venerado maestro”), añadiendo en son de elogio que el gran polígrafo era “un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados”..., es un claro indicio de profunda y esencial afinidad entre los “dos” 98, al menos en algunas de sus cumbres más elevadas<sup>15</sup>. Otros miembros de la famosa generación, Baroja, Azorín y Maeztu no dejaron de reconocer por aquellas fechas, en medio de críticas y matices, los méritos de Menéndez Pelayo y de los más relevantes miembros de su escuela<sup>16</sup>. ¿Cómo íbamos, pues, a olvidar este “otro” 98, cuando era un clamor el reconocimiento de sus valores y la misma generación de

ban en su haber con algún que otro trabajo publicado. En conclusión, según Valera, la “juventud intelectual” de aquel fin de siglo cobijaría tanto a los literatos (novelistas y poetas) como a los de la “escuela erudita”. La generación posteriormente llamada del 98 no fue captada por él plenamente, si bien la atisbó en la novela, en la poesía, en el drama y, en general, en lo que él llamó literatura terapéutica y regeneracionista. Hay fundados motivos para pensar que la incluyó en la denominada por él “juventud intelectual modernista y cosmopolita” (1176). En definitiva, lo que interesa destacar es que para Valera, crítico sagaz reconocido por tirios y troyanos, hay “otro” 98 valioso y digno de atención, además de la llamada “generación del 98”.

<sup>15</sup> M. de Unamuno, *Sobre la erudición y la crítica* (1905) en *Obras*, I, 1271. Entre los eruditos que “salva” Unamuno, se encuentra también Menéndez Pidal (*Obras*, I, 1272). Nótese, además, que Unamuno valoraba la prosa de Menéndez Pelayo “por su amplitud, valentía y jugoso vigor”; *Epistolario de Menéndez Pelayo*, XVI, edición de M. Revuelta, F.U.E., Madrid, 1988, 420 (cit. *Epistolario*). Hay una notable coincidencia en este punto entre Unamuno y Clarín. Escribía éste al santanderino en 1900: “no siendo Vd., yo no veo ningún erudito español que sea además artista, pensador, hombre original y fuerte y enterado de veras de otras cosas”; *Epistolario*, XV, 346.

<sup>16</sup> P. Baroja, *El tablado de Arlequin* (1904) en *Obras*, V, 30. Azorín, *La crítica literaria en España* (1893), *Moratín* (1893), *Buscapiés* (1894), *Anarquistas literarios* (1895), *Charivari* (1897), *Clásicos y modernos* (1913), en *Obras*, I, 8, 18, 37, 57, 97, 150, 1122. R. de Maeztu, “El dinero frente a la Iglesia” (1899), en *Artículos desconocidos*, edic. de E. Inman Fox, Castalia, Madrid, 1977, 83; “El patriotismo estático y el dinámico” (1912), en *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*, Rialp, Madrid, 1966, 105-109.

este dígito bebió en sus fuentes y reafirmó en parte su identidad frente a él? ¿No se desvivían ambos 98 por caminos diferentes, en ansias de renovación espiritual para sí y para España?

Hubiera sido necesario haber hecho una revisión profunda, también *desde dentro*, de aquel momento espléndido de la escuela histórica española en su doble vertiente románica y arabista, entre quienes figuraban los jóvenes Asín Palacios y Menéndez Pidal. Hubiéramos visto al primero bregar con su *Algazel*, oteando desde el alto alminar musulmán algunos misterios de la escolástica cristiana, o a Menéndez Pidal, “tan modesto como sabio” al decir de E. Merimée, precisamente en el 98<sup>17</sup>, quemar su vista entre códices medievales para alumbrar una nueva época de la filología española... Pero como no era dable el intento por lo excesivo, quisimos traer al menos en representación del conjunto la figura aislada del maestro. A ello responde el ensayo de Antonio Santoveña, *Menéndez Pelayo y la crisis intelectual de 1898*<sup>18</sup>.

“Otro” 98 que convive con la clásica generación, sin el que ésta quedaría huérfana de contraste propiamente filosófico son las diversas corrientes de pensamiento de la España finisecular. Lo integran un grupo muy heterogéneo formado por krausistas o krausopositivistas, neo-kantianos, espiritualistas eclécticos, neo-escolásticos, positivistas estrictos, marxistas, anarquistas... Tampoco aquí era cuestión de tensar el arco, presionando indebidamente la generosa disponibilidad. Pero en este punto sí que era necesario poder ofrecer claras coordenadas, dado el marco de rigurosa filosofía en que había de presentarse nuestra meditación del 98. Por eso se encargaron expresamente estudios sobre cada una de estas escuelas en España en aquél fin de siglo.

Sin embargo, no se ofrece tanto en estas páginas. Por razones que no son del caso, sólo dos artículos de los propuestos han llegado a nuestras manos: el de Eudaldo Forment, *Neo-escolástica y 98: otra “lectura” de la crisis de fin de siglo*, y el de Rafael M<sup>a</sup> Sanz de Diego, *Una aportación regeneracionista de los jesuitas españoles: la revista “Razón y fe” (1901)*. Falta, pues, material indispensable para que el título de este número –*La filosofía espa-*

<sup>17</sup> M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XIV, 348.

<sup>18</sup> El artículo es una réplica de la parte tercera del libro del autor, A. Santoveña, *M. Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Universidad de Cantabria, Santander, 1994.

*ñola en la crisis de fin de siglo (1895-1905)*– sea más verdadero. Y es que hemos querido conmemorar la célebre generación no como quiera, sino desde el punto de vista histórico-filosófico, como interesados que estamos principalmente por la filosofía. De ahí que hallamos tratado de envolver aquélla en la íntegra vida filosófica del 98 español y europeo, pues en función de aquella vida sabemos que afirmó su identidad literaria y mental conjuntamente.

Siendo esta la idea que ha inspirado el presente número, era natural que se solicitasen estudios sobre las diversas escuelas filosóficas vigentes en España y en Europa en aquel fin de siglo, con resonancia positiva o negativa en la célebre generación. No ha podido ser. Sólo hemos conseguido reunir, por lo que a España respecta los dos trabajos señalados. Pero si bien el cuadro es incompleto, no deja por ello de ser representativo (en el campo filosófico) de una parte del “otro” 98, y tal vez en mayor grado que los modelos dejados al margen a nuestro pesar, por ser éste (la neo-escolástica) piedra de más agudo contraste con el patrón mental de la famosa generación<sup>19</sup>. Los dos trabajos incluidos analizan el tomismo de Torras y Bages y el proyecto jesuítico de *Razón y Fe*. Ambos muestran la presencia de la filosofía tradicional (dos versiones de ella) en la configuración de la historia filosófica y mental de España en la coyuntura del 98, y precisamente a través de dos conceptos de enorme importancia epocal: el regionalismo catalán y el regeneracionismo cultural de inspiración católica. Uno y otro modelo, de permanente presencia en la historia española contemporánea y continuo punto de contraste con la famosa generación. Los escritos finiseculares de ésta serían incomprensibles sin el telón de fondo de este “otro” 98.

Es cierto que el trabajo del prof. Forment no abarca el amplio abanico del renacimiento escolástico español de entresiglos. Podía haber tomado el pulso a nuestra neo-escolástica *en y desde* su circunstancia, asumiendo y valorando la crítica que desde bandos opuestos le hacían, incluyendo la de los jóvenes del 98. Podía haber hecho una revisión histórico-filosófica a fondo del tomismo y de otras corrientes de la Escuela en aquella encrucijada. Podía haber mostrado con provecho, desde la altura del tomismo euro-

<sup>19</sup> Es conocido el cordial rechazo de Unamuno –el más filósofo del grupo– al método escolástico, definido por él como “una combinatoria para preparar un mate en el tablero”, *Obras*, I, 746-747.

peo, si aquella neo-escolástica nuestra fue digna de su tiempo. Ha preferido, sin embargo, centrarse en un modelo de gran sintonía con ciertas aspiraciones sociales y políticas de la época: el catalanismo de raíz cristiana y tradicional de Torras y Bages. Creo que ha sido un acierto, pues de esta forma ha puesto sobre el tapete una cuestión digna de estudio: la probable correlación provocativa entre aquel tomismo templado, develador de la *tradició*, el *dret natural* y el *sentiment de pàtria*, inscritos en el alma cristiana de Cataluña y los conceptos de *intrahistoria*, *tradición eterna* y *patriotismo* del joven Unamuno; conceptos que deberían ser puestos en mutua relación para una mejor inteligencia por contraste<sup>20</sup>. Por otro lado, el amor a Castilla, tan característico de Unamuno como de toda su generación, visto al trasluz del regionalismo tradicionalista, bien pudiera ser una reacción no sólo estética, como se ha dicho, sino también política.

Otro fruto de la neo-escolástica finisecular fue la revista *Razón y Fe*, de la Compañía de Jesús, pues si como proyecto surgió varios años antes del 98 y su primer número vio la luz en 1901, su acta de nacimiento tuvo lugar precisamente en 1899, en medio de la crisis social, política, filosófica, religiosa y cultural de aquel fin de siglo. Nació con el objeto de defender a la Iglesia y de hacer opinión católica a la altura de un tiempo difícil para la fe y la razón en armonía. Y nació con aquella sensibilidad estética y social tan propia de los jóvenes escritores del 98: con voluntad de estilo preciso y profundo, con expreso deseo de que estuviese bien hecha y bien escrita, para poder remover de verdad la conciencia pública. Dirigida a la clase media culta, se interesó por los temas candentes sin encerrarse en el mundo puramente especulativo. Pretendió poner paz entre lo que se debe a la vida y a la reflexión, a la voluntad y a la inteligencia, a la subjetividad y a lo que reclamaba un orden de valores objetivo y permanente. *Razón y Fe* es un proyecto que sigue vivo, testimonio del tiempo fronterizo en que nació.

<sup>20</sup> Compárese la *Tradició catalana* (1892) de Torras y Bages con los ensayos de Unamuno de 1895, recogidos después bajo el título *En torno al casticismo* (192). La proximidad de las fechas entre el libro de Torras y Bages y la elaboración de los conceptos unamunianos, y sobre todo la voluntad que se aprecia en sus ensayos de responder a los regionalismos emergentes, entre ellos el catalán, hacen sospechar que Unamuno tuvo muy en cuenta la doctrina del primero.

#### 4. La filosofía del 98.

Correspondería ahora, después de haber presentado los diversos 98, ir desgranando, a la vista de los temas y cuestiones palpitanes de la época, lo más esencial e interesante que desde el punto de vista filosófico ofreció cada grupo *entonces*; las respuestas fundamentales o las preguntas más incitantes que fueron elaborando en el curso de aquellos años de viva intensidad. Sólo así, después de un recorrido reposado y meditativo por ese apretado manojito de ideas y opiniones; después de hacer y de rehacer a buena luz la crucería de esa inmensa catedral de textos epocales..., podríamos decir con verdad, con la relativa verdad de lo humano posible, que conocíamos la filosofía del 98.

Pero no; lo cierto es que lo que ofrecemos no es *la* filosofía del 98, sino algunos aspectos de la filosofía de aquella famosa generación, tomándola en toda la trayectoria de su curso vital, llevando la exploración más allá de los límites precisos de su juventud. Así entendido, no es poco lo que se ofrece, siendo además representativo de aquel fin de siglo, por más que no seamos completamente fieles al título que da nombre al volumen. Los aspectos estudiados –vitalismo estético, vivencia reflexiva del tiempo, examen de la tradición, la historia y la intra-historia–, tienen calado filosófico, y han sido abordados con buena dosis de originalidad y competencia como no podía ser menos tratándose de quienes firman los trabajos. Sus autores emplean métodos de “lectura” bien probados por ellos en estudios anteriores. En algún caso se ha intentado captar con gran brillantez la vivencia de las ideas, la nueva sensibilidad que traía la famosa generación, y no meramente el concepto de la cosa. Esos aspectos, traídos aquí de la mano de los profesores L. Jiménez, C. Baliñas y J. Cruz, ponen delante de los ojos algunos de los pliegues cordiales y mentales más propios de la generación “poética” más representativa de nuestro 98.

Y no podía faltar la meditación sobre España. Más aún, su historia –pasado, presente y futuro– acaparó toda la atención. Fue en realidad el tema estrella, casi me atrevería a decir el único tema. Y no sólo eso. España se presentó por primera vez a la conciencia general como un “problema” radical. Y por serlo de veras, cuanto interesó al hombre español de entonces tuvo ahí su punto de anclaje. Incluso el trabajo de alta especialidad, aparentemente muy

alejado de lo cotidiano, lo podemos ver hoy como fruto de una meditación previa sobre España. Ramón y Cajal, por ejemplo, levantó la histología a la altura que todo el mundo sabe, espoleado por “un sentimiento profundo de nuestra decadencia científica”<sup>21</sup>. Y Amor Ruibal, otro hombre de “laboratorio”, reflexivo y paciente, descubre en 1904 que su *Introducción a la ciencia del lenguaje* (1900), había sido publicada con la intención de “cooperar de alguna manera a la restauración de una disciplina tan española en sus comienzos..., como alejada hoy de nuestro suelo, y casi ajena en absoluto al ambiente literario de nuestra patria”<sup>22</sup>.

La idea de decadencia y la necesidad de regeneración, tan brillantemente expuesta por J. Costa y otros “regeneracionistas” antes y después del 98, era una atmósfera común que se respiraba incluso en los más apartados gabinetes científicos; un sentimiento tan intenso que fue capaz de remover las entrañas de gente no política, dedicada al patriotismo silencioso del trabajo, inclinada sobre el microscopio o sobre los códices medievales. Hubiera sido interesante haber puesto aquí en pacífica confrontación el pensamiento de las tres generaciones del XIX sobre el pasado, presente y futuro de España; sobre las causas de la decadencia asumida, sobre el presente “doloroso” y sobre lo que convenía hacer para poner a España en forma. Hubiéramos visto los diversos sentidos que traía una conciencia tan común, expuestos tan en carne viva en aquel fin de siglo.

Mirando al pasado, y buscando las causas de la decadencia, tropezaríamos entre otras muchas figuras de nuestra historia, con Don Quijote, el Cid, la Inquisición, la Reforma, Carlos III, la Re-

<sup>21</sup> S. Ramón y Cajal, *Reglas y consejos sobre investigación científica. (Los tónicos de la voluntad)*, en *Obras literarias completas*, Aguilar, Madrid, 1969, 469. Él mismo cuenta que se decidió a hacer ciencia para llenar el hueco que de ella notaba en España. En España, pensaba en sus años mozos, cuando todavía era una promesa científica, y en ella también siendo ya una celebridad. Apenas consumado el desastre, escribía en diciembre de 1898: “¡ojalá que este humilde folleto [las *Reglas y consejos...*] que dirigimos a la juventud estudiosa sirva para fortalecer la afición a las tareas del laboratorio, así como para alentar las esperanzas un tanto decaídas, después de recientes y abrumadores desastres, de los creyentes en nuestro renacimiento intelectual y científico”, 470.

<sup>22</sup> A. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filología comparada. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas, Primera parte*, Tip. Galaica, Santiago, 1904, XI.



volución Francesa, las Cortes de Cádiz, el liberalismo, la “gloriosa” del 68, los Borbones, la conjuración judeo-masónica, la tolerancia religiosa, la libertad de conciencia y de cátedra, la unidad católica, la escolástica, la filosofía moderna..., todo barajado a discreción según familias ideológicas<sup>23</sup>. Mirando al presente de entonces, hallaríamos unanimidad casi completa: la causa de todos los males estaba en la Restauración y su régimen político. ¿Y qué decir del futuro? De nuevo aquí una generosa oferta de opiniones señalando el camino regenerador en los más diversos aspectos: político, económico, cultural, militar, agrícola, industrial, diplomático, científico, educativo, religioso... Algo de todo esto nos da a conocer Montserrat Herrero en su trabajo, destacando como supuesto epocal de regeneración, por encima de concreciones formularias, la necesidad que sintió la inmensa mayoría pensante de hacer un viaje al interior de sí misma y de su historia.

El volumen se cierra con dos trabajos en los que se diseña y analiza la respuesta dada por el pensamiento español a la crisis de entresiglos. Ambos han pretendido llevar la reflexión hasta el presente, intentando cerrar esa bóveda de crucería temporal en que se nos dan los dos 98. Ambos parten de la crítica de la modernidad, como lo más característico de nuestro quehacer filosófico entonces. Sólo que C. Flórez interpreta dicha crítica centrándose en la obra más importante de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913), cuya filosofía despliega desde sí misma apoyándose en Hegel y en contrapunto con la de Ortega. A. Llano, en cambio, aun partiendo de esa obra, no se detiene en ella. Prolonga su análisis hasta nuestros días recorriendo los términos de una dialéctica –objetividad, subjetividad, realidad– ya formulada en el 98. En alas de esta trinidad y de la mano de Unamuno, Ortega, Zubiri, Millán-Puelles y L. Polo, traza un siglo de camino filosófico español. Ambos A. Llano y C. Flórez, presentan modelos españoles de filosofía insertos en vigorosa tradición secular, ofreciendo cada uno, desde su peculiar óptica, sugerencias para replantear la agota-

<sup>23</sup> Téngase en cuenta que el mismo catolicismo se hallaba dividido, al menos, en tres fracciones desde el punto de vista político: el integrismo de Nocedal (*Syllabus* de Pío IX), más carlista que Don Carlos; el carlismo histórico (monarquía tradicional) y el liberalismo conservador de origen neo-tomista (*Aeterni Patris, Cum multa, Libertas, Sapientiae Christianae, Rerum Novarum* de León XIII). Las otras fuerzas (republicanismo, socialismo, anarquismo...) se hallaban también muy divididas.



da correlación moderna *sujeto-objeto* –fundamental para la comprensión de la realidad– en términos más radicales.

## 5. Conclusión.

El deseo de ir más allá de la generación del 98 no ha nacido pues de una actitud negativa, sino de una metodología histórico-filosófica comprometida con la irreductible tensión de los miembros que la integran y con su ejercicio en el mayor grado de creatividad posible. Eso significa que se ha intentado poner en el fiel de la balanza –una balanza inestable, por humana– lo que a la subjetividad, la objetividad y a la realidad corresponden. Naturalmente, no soy tan iluso para pensar que hemos logrado la perfección. Pero abrigo el convencimiento de lo necesario que era poner en el vestíbulo de nuestro esfuerzo colectivo un concepto del 98 que pudiera permitir entender no sólo la realidad filosófica española en la crisis de fin de siglo (una de cuyas porciones más interesantes fue y sigue siendo sin duda la llamada generación del 98), sino aquel mismo esfuerzo en su doble vertiente de objetividad y subjetividad, tal como ha quedado expreso en los diversos trabajos.

Antonio Heredia-Soriano  
Facultad de Filosofía  
Universidad de Salamanca  
Campus Unamuno, s.n.  
37007 Salamanca España